

MÉS INFORMACIÓ

<https://ethic.es/2023/05/entrevista-santiago-lorenzo-tostonazo>

<https://www.youtube.com/watch?v=D5YmsVRFiqw>

https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=v_-aKXLZ9nU



Ajuntament d'Alpicat
Regidoria de Cultura

BIBLIOTECA | ALPICAT
SANT BARTOMEU

**Biblioteques
Públiques
de Catalunya**

Av. del Parc 280
(Espai La Lluna)
ALPICAT
Tel. 973 73 77 28
Whatsapp 606 127 833

A/e:
biblioteca@alpicat.cat

Web:
<http://www.alpicat.cat/biblioteca>

Catàleg Col·lectiu:
<http://argus.biblioteques.gencat.cat>



HORARI
De dilluns a divendres de 8:30 a 20:30
Bústia exterior de retorn de préstec

El proper dia que ens trobarem serà:

9/04/2024, 19h

Moderadora: Maria Pons

Santiago Lorenzo LOS ASQUEROSOS



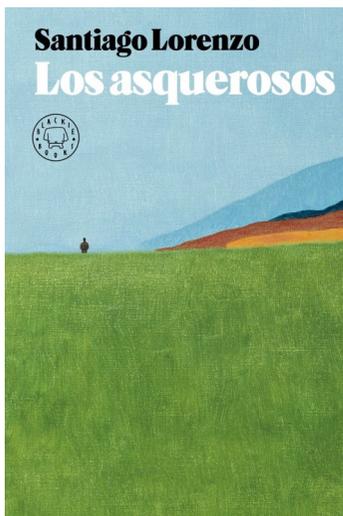
Portugalete, Vizcaya, 1964

Se llama Santiago Lorenzo. Los astros se alinearon para que naciera un buen día de 1964 en Portugalete, Vizcaya, España, Europa, la Tierra, el Universo. Primero miró, luego observó, después filmó y ahora escribe. En todas esas etapas vivió y en ninguna hizo lo que hacen los actores: actuar. Denle una goma de borrar Milan y unas tijeras y les creará un mundo. Aunque hace tiempo que con un teclado hace lo mismo y mejor. Este artista pretecnológico de pulsaciones lentas (quizás por su corazón grande) vive a caballo (o a autobús de varios caballos) entre Madrid y un taller que ha elegido en una aldea de Segovia que podría servir para ejemplificar la recurrente expresión “alejado del mundanal ruido”.

No siempre fue así. Estudió imagen y guión en la Universidad Complutense y dirección escénica en la RESAD de la capital del reino. Siempre tuvo claro que ante problemas reales, sólo sirven las soluciones imaginarias, así que en ese año constelación que fue 1992 creó la productora El Lápiz de la Factoría, con la que dirigió cortometrajes como *Bru*, *Es asunto mío* o el aplaudido *Manualidades*. Porque además de eso, al artista artesano Lorenzo siempre le gustó construir maquetas imposibles trabajadas con las manos: una cómoda con cajones que se abren por los dos lados, puertas por donde sólo podría pasar el Hombre más Delgado del Mundo y teatritos donde los Madelman son los protagonistas. Si no gozara del don de la escritura, podría haberse empleado en cualquier oficio antiguo: sereno, porque tranquilo lo es un rato, o jefe de estación ferroviaria, porque los trenes portátiles le gustan más que a un hombre alegre una pandereta. En 1995, produjo *Caracol, col, col*, que le valió pisar con calma la alfombra roja de los Premios Goya, que ganó en la categoría a Mejor Corto de Animación. Cuatro años después se empeñó en estrenar *Mamá es bobá*, la historia palentina de un niño algo alelado, pero a la vez muy lúcido, acosado en el colegio (la película fue una de las primeras en abordar el tema del *bullying*) y con unos padres que, a su pesar, le provocan una vergüenza tremenda. La película pasará a la historia como uno de los filmes de culto de la comedia agrídulce y podría servir como mito fundacional del post-humor que busca la risa helada e incómoda. Con ella fue nominado, para su sorpresa, al Premio FIPRESCI en el Festival de Cine de Londres. En 2001 abrió, junto a Mer García Navas, Lana S.A., un taller dedicado al diseño de escenografía y decorados con el que hicieron tanto muñequitos de plastilina para el anuncio del euro como la catedral que aparece en una de las entregas de *Torrente*. En 2007 estrenó *Un buen día lo tiene cualquiera*, donde volvía a elevar una historia de una persona para explicar un problema colectivo: la incapacidad, afectiva e inmobiliaria, para encontrar un sitio en el mundo (o un piso en la ciudad, para el caso).

Harto de los tejemanejes del mundo del cine, decidió cederle sus ideas a esto de la literatura y desde 2010 ha publicado las novelas *Los millones*, *Los Huerfanitos*, *Las Ganas*, *Los Asquerosos* y *Tostonazo*. También ha seguido hablando con voz grave, lanzando chanzas coherteras y fumando un pitillo a cada hora en punto con tiros cortos. Ha hecho, en definitiva, muchas cosas, pero su mayor temor continúa siendo caerse a la ría desde lo alto del puente colgante de Portugalete, patrimonio de la Humanidad desde 2006.

Club de Lectura - Biblioteca Sant Bartomeu



Parecía imposible, pero Santiago Lorenzo se ha superado a sí mismo. Todas sus novelas arrancan de una premisa tan impactante como aparentemente absurda, aunque en el fondo su discurso es mucho más lúcido de lo que podría parecer por las carcajadas (sí, es a ese nivel) que a menudo nos arranca. Esta vez es la historia de Manuel –que en realidad no se llama así–, quien en defensa propia agrede con un destornillador a un policía en un portal de la madrileña calle Montera y se tiene que esconder en un pueblo perdido. Sobrevive gracias a su tío, el narrador del relato, que le hace llegar mensualmente una compra del Lidl. Entre eso, lo que cosecha y los libros de la colección Austral que halla en su escondrijo tiene todo lo que necesita para vivir, y se da cuenta de lo bien que vive sin los engaños de la era moderna.

Los asquerosos es mucho más que una divertida comedia. Es una novela con varios niveles de lectura y una mirada reflexiva que se nutre de la rica prosa de Lorenzo, de su vocabulario único, de sus disparatadas ideas y de su singular desenlace. Los que hayan leído sus anteriores novelas ya conocen el lenguaje del autor, y ese léxico tan suyo tiene su más alto exponente en *Los asquerosos*, su cuarta novela. Es un poco como si hubiera decidido soltarse la melena y llamar a las cosas por su nombre, y, como a veces las cosas no tienen el nombre preciso, Lorenzo se lo pone. Comparte así un idiolecto con el lector que enseguida lo hace suyo. Sus neologismos han calado para quedarse: entre mis amigos ya utilizamos términos lorencianos: *horteridad*, *utilistrajós*, *chorranganada*. Son palabras nuevas con regusto añejo, que deben de tocarnos alguna fibra sensible, algún recuerdo de la infancia, porque las comprendemos y hasta incorporamos, son neologismos viejunos que resultan auténticos y tremendamente subversivos. Recientemente, Letras Corsarias publicó un *Diccionario de Santiago Lorenzo*. Como sucede con el *nadsat* de *La naranja mecánica*, no se necesita un glosario para comprender ninguno de los términos, pero resulta un curioso divertimento y una manera de recalcar la importancia y flexibilidad del léxico.

Mi término favorito es *mochufa*, palabra que ya salió en *Las ganas*, con la que describe a los nuevos ricos urbanitas, a esa turba que todo lo arrasa con su mediocridad. Es un término que, según contó a Macarena Berlín el autor en el programa *Los muchos libros*, engloba a “los que encomiendan su salud al ácido hialurónico, los que lloran con la información deportiva,

los que van a las colas, a colarse, los que consumen prensa rosa, los patriotas que no saben quién fue Alfonso XIII o no saben colocar en el mapa Álava. Todos ellos son Mochufa y ninguna de estas características es privativa o exclusiva. Todos tenemos alguna de esas peculiaridades”, y acaba: “Mochufa son los miembros de la Manada, no solo por sus asquerosas acciones, sino por la pinta que llevan y la pinta chulesca con la que salen de los juzgados de Sevilla”. Lorenzo, además, combina registros con la agilidad de un malabarista, cultismos con argot callejero, arcaísmos con sus peculiares *lorencismos*. Así habla de “arcana organicidad” o de “chorrudeces a palangana llena”. Tras sus líneas hay mucho de la obra de nuestros Siglos de Oro, bebe de Quevedo, de Lope, de Cervantes, en sus páginas se plasman pasajes que bien recuerdan a *El buscón*, a *La dama boba*, o a las *Novelas ejemplares*.

Pero si la forma es importante –el peculiar lenguaje, su hilarante prosa–, más lo es aún el fondo, y es que *Los asquerosos* tiene un fondo socio-político, yo diría que hasta una función social: es a la vez una crítica al despilfarro, un análisis sobre el consumismo y las necesidades creadas, y una reflexión sobre lo que nos hace felices. Lorenzo, sin dársele de ecologista ni sostenible, se adelantó a Greta Thunberg para indicar –pero él desde el humor– que así no íbamos a ninguna parte. Sin darse cuenta, plasmando sus ideas en una novela cuya primera –y tal vez única finalidad– era entretener y divertir, acabó removiendo conciencias y demostrando una vez más que el humor no está reñido con la cavilación. *Los asquerosos* es también una reivindicación a la austeridad y un canto a la soledad, siempre que sean algo elegido voluntariamente, no impuesto por otros. Una llamada al silencio y un alegato en contra del ruido que nos rodea y que no nos deja pensar con claridad. Resulta conmovedor que Manuel sobreviva a base de escasa comida y abundante lectura.

Un guiño al lector –al lector instruido– es toda esa colección Austral de libros de diferentes colores que tantas alegrías ha proporcionado a los que ya tenemos cierta edad y desde niños sentimos una fuerte inclinación hacia las letras.

Larga vida a Santiago Lorenzo, porque sus obras son más necesarias que divertidas, porque mete el dedo en la llaga, pero nos saca una carcajada, porque con cada frase nos deleita, nos hace reír, pero también nos provoca una ligera sacudida, una leve conmoción. *Los asquerosos*, un libro con descarga eléctrica.

Criticismo. Revista de Crítica

Rosa Martí, enero-marzo 2020